

Murcia: Un mes a ... UNA peseta.

Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.—MURCIA

Año 11

MURCIA.—Miércoles 4 de Septiembre de 1907

Núm. 315

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES

A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y CROS

DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Necesidad nacional

A pesar de que la experiencia nos ha enseñado que de escuelas, sin muchas escuelas, jamás avanzaremos un paso en el camino del progreso...

Mientras tanto, más allá de las fronteras, juzgándonos a todos por el regocijo oficial, tal vez se crea que en España la única misión de un gobierno es casar bandidos...

Elevamos desde hoy al orden de conflicto nacional, la captura de un bandido que hace sus correrías por los campos en donde no se conocen los buenos oficios de un gobierno...

Información especial

Edificación de ciudades

Si bien es verdad que las ciudades no nacen en un día y que desde el momento en que el primer vecino se instala en un punto hasta que llega a tener un lugar en el mapa...

Hace unos cincuenta años, durante la gran fiebre de oro de Australia, la ciudad de Canvas ó Canvastown, en el monte Esmeralda (Victoria), fué edificada en veinte horas...

La ciudad de Custer, en Colorado, también se edificó en un solo día, en el que se construyeron 500 casas de madera, que quedaron implantadas en el lugar que hoy conservan.

Todo el material ya preparado, cortado y numerado, salió de las factorías para el sitio destinado en el que se armaron las habitaciones en un solo día y fueron colocadas de acuerdo con los planos anteriormente trazados.

No una, varias fueron las ciudades que en Oklahoma fueron edificadas en un solo día y Thomas City una de ellas no tuvo necesidad ni de medio día; en una sola tarde la ciudad estaba edificada.

A las pocas horas tenía la nueva villa tres mil habitantes, los negocios comenzaron aquel mismo día y por la noche apareció el primer número de un periódico que se confeccionó allí mismo para la comunidad.

Otra ciudad de la misma región compañera de Thomas City, también nació como por obra de magia: En un viernes Luyder que era un terreno plano como la palma de la mano...

Cosas de feria

Hasta aquí no sabíamos nada de la feria, porque nada se había visto; pero desde anoche, con el monumental, con el aparato, con el formidable castillo de fuegos de artificio...

verdad que nunca, jamás pudimos sospechar que se quemara uno semejante, digno tan solo de Madrid, París, etc., etc.

El Alcalde, que ya sabía lo que se le iba entre manos, quiso dejar su nombre a gran altura, y lo consiguió; lo dejó a la altura del asfalto de la Platería.

Empobrecidas como están las áreas del Municipio con los ruinosos desembolsos realizados para hacer una gran feria, don Gerónimo no titubeó ni un solo momento en lo que debía hacer.

Y efectivamente: D. Gerónimo salvó a la feria, pero acabó de arruinar al Municipio, que sólo tenía los cuarenta y nueve céntimos disponibles.

Como nosotros, siempre que se hace algo para dejar en buen lugar el nombre de la población, no vacilamos en tributar aplausos, enviamos uno muy sincero al Alcalde por su atrevimiento al encargar un castillo de 12, 49 pesetas, aunque se arruinase el Ayuntamiento.

Con su decisión, entre otras cosas, se ha conseguido que la gente presenciadora de los fuegos artificiales quedara sorprendida de la fastuosidad con que se celebra la feria, fastuosidad desconocida hasta hoy día y que en los siglos venideros, al hablar de cosas magníficas, figurará como modelo.

Es nuestro alcalde D. Gerónimo.

El Teatro y la Crítica

Con motivo de una polémica sostenida entre M. Antoine, ex-director del teatro de su nombre, y un distinguido crítico, discutióse por algunos días en la Prensa y en los Círculos literarios de París sobre derechos y deberes de la crítica teatral.

Muy extraña parecía la queja en quien, antes que como industrial, buscó el favor del público y de la Prensa como campeón de un Teatro libre en que todo cedía ante la libertad del Arte, hasta el patriotismo alguna vez y la decencia casi siempre.

Por regla general, los que van delante de una multitud no son los que la guían, sino los que son empujados por ella; cuando veáis a un caudillo, no preguntéis adónde va, sino adónde le llevan.

¿Cómo? ¿Equipar el teatro a un negocio cualquiera, en que sólo se tratase de intereses materiales; suponer que, así como un dueño de restaurant pudiera demandar ante los Tribunales al periodista que se atreviera a decir en letrás de molde, aun ha-

biendo pagado su cubierto, que allí se comía de perros, un director de teatro no debe tampoco admitir que el mismo periodista, que además no pagó su billete, salga al día siguiente de un estreno maldiciendo en su periódico de la comedia y de los comediantes y se permita pronosticar que la obra no dará dinero?

Y en uno y otro caso el perjuicio material es indudable, y por mucho que se estime la consideración artística concedida por esa noble intervención de la Crítica en nombre de un ideal artístico, el teatro no vive sólo de arte, porque no es arte sólo lo que pide el público ni con arte sólo se contenta, y bien puede suceder que obras maltratadas por la Crítica, al juzgarse en nombre del Arte, sean muy del agrado del público y, a pesar de los pronósticos, den mucho más dinero que otras más estimadas de los entendidos.

El cavilar no es para la muchedumbre, dijo Hamlet, que tan excelente crítico teatral de muestra. Noble tarea es, sin duda educar el gusto del público; pero no puede exigirse que esa educación sea costada por los empresarios.

¿Qué haría un comerciante con el que se pusiera a la puerta de su tienda a vociferar que todo lo que allí se vendió es de mala calidad o de pésimo gusto? Entre el comerciante y el consumidor sólo debe intervenir la Policía cuando haya engaño ó fraude manifiestos, y del mismo modo en el teatro.

No digamos, entre el género grande y el chico, cuál será siempre el perjudicado. Dice la Crítica de cualquier juguete lírico, más ó menos sicalpítico: la obra estrenada anoche es un disparate, sin literatura, sin sentido común; pero la música es alegre, las decoraciones vistosas y el público no deja de reír durante toda la representación.

Y mientras el gracioso disparate se representa docenas de noches, la obra literaria se representa sus tres noches reglamentarias ante los acomodados, la familia del autor y el abono honorario de las últimas filas de butacas, que en estas noches se avanza, resuelto y atrevido, hasta las primeras, seguro de no ser molestado.

En las condiciones del teatro en la vida moderna, por su importancia como negocio industrial, solo como industria debe ser considerado, y aunque padezca el sentimiento artístico de autores, bueno es que se contenten con los elogios y ditirambos pagados por las Empresas. Con esto el negocio teatral será mejor negocio, y ¡quien sabe! como el dinero es la gran fuerza moder-

na, acaso cuando el teatro sea mejor negocio pueda permitirse el lujo de atender al Arte de cuando en cuando.

JACINTO BENAVENTE.

Novela en cuatro cartas

TERCERA

De un poeta romántico a un amigo ausente.

Amigo entrañable: no sueño todavía y sin embargo estoy bajo el peso de una impresión vivísima, capaz de figurar dignamente en una novela fantástica. La realidad quiso ponerse de acuerdo con la fantasía, y engendró un caso maravilloso.

Aquella desesperación sorda que se apoderó de mí a la muerte de Rosa, aquella pena invencible que no hallaba consuelo más que sobre la tumba de la sin ventura, ha sido causa de que experimente la sensación de lo desconocido, que guste la voluptuosidad morbosa de lo horrible.

Hasta la noche contribuía a dar más lobreguez al paisaje. Arriba había cólera; abajo, desesperación, naciendo de esta conjunción algo monstruoso. Si Dios no fuese Dios, se habría asustado del espectáculo.

La tumba de Rosa, frente a mí, me ligaba a lo futuro. No había ni tiempo ni espacio. Los rayos que incendiaban la atmósfera eran las palabras de mi oración grabándose en lo infinito; los truenos, la expresión ruda de los sentimientos en mi alma; las sombras, las dudas que me punzaban el corazón.

Fuera de lo que encerraba el sepulcro no existía nada para mí; dentro, sólo el polvo, ilusión, nada. Y sin embargo, lo de dentro me llamaba. Mi cabeza, inclinada sobre el marmol, lo decía; mi razón, presa en el pasado, lo proclamaba.